

te para el negocio. De eso te doy yo fe.

JUAN.—¿Has hecho fortuna con el dinero maldecido?

GAB.—¿Maldecido por quién?

JUAN.—Por mí.

GAB.—Eso no es bastante para la eficacia de una maldición. No caigas en la soberbia de figurarte que Dios hace tuyas las iras de los hombres convirtiéndose en ejecutor de nuestras venganzas. No. Si eso fuera, en el cielo bastaba un hombre y sobraba el cielo.

JUAN.—En mi conciencia mando yo solo, y para que pueda llegar dignamente a llamarte hermano es menester primero esa purificación.

GAB.—Bien está. Sea como tú quieras que sea. Y solamente un favor te pido... que no vuelvas a llamarme hermano.

JUAN.—¡Gabriell

GAB.—Te lo suplico...

JUAN.—Resuelve tú. ¿Hablarás?

GAB.—No.

JUAN.—Hablaré yo...

*(Mutis por la derecha)*

GAB.—¡Sol, Sol de Castilla, abrasador de tierras, qué bien harías abrasando a veces los hombres...!

TELÓN

## ACTO EGUNDO

La misma decoración y es en el mismo momento del acto anterior.

### ESCENA PRIMERA

GABRIEL, en la misma actitud que ha quedado al terminar el otro acto. Una pausa breve. CARMEN, LEONA, NARCISA y DON ANDRES. Por la izquierda.

CAR.—*(Que entra desconfiada, corre a abrazarle).*—¡Gabriell

D. AND.—¿Pero es de veras el notición?

*(Se dan las manos.)*

LEONA.—Don Gabriel...

GAB.—¡Venga, Leona, que nos hemos conocido de pequeños!

LEONA.—Pues vaya.

*(Se abrazan.)*

GAB.—Y venga también tu abrazo, ya que nos conocemos de grandes.

NAR.—Por el aquel de obedecer, vaiga y aprete lo que guste, señor amo.

D. AND.—¡Yo quedo en ridículo si no me estrujas, Gabrielillo!

GAB.—Pues estrujémonos, don Andrés.

(Se abrazan)

LEONA.—¡Quién iba a columbrar que golviera de sopetón aquel misinguín (señoritín) hecho too un real mozo, tan lucío y tan majol!

CAR.—Pues aquí lo tienes.

LEONA.—Y pa dar a toos un contento, qu' hasta la alquería paece que temblotea del piso al tejao, como si las parees se enalegraran también.

GAB.—Muchas gracias...

CAR.—Te hablaremos con el habla de la tierra: ¿qué pensamientos traes, galán?

GAB.—Eso es preguntar qué palomas hay en los palomares. De todos colores, Carmen: blancas, negras, tordas, cenizas, doradas, rojas...

CAR.—Sí que hay muchas y de muchas pintas; pero todas, cenizas y doradas, blancas o negras, vuelven siempre al palomar.

GAB.—Y yo también vuelvo.

D. AND.—¿Para siempre?

LEONA.—¡Y no! Ya le bailaremos el agua, señorito, pa que le cobre gusto a la casa y no piense más en tornarse a las Indias.

GAB.—A las Indias...

D. AND.—No rectifiques. La geografía no tiene nada que ver con el cariño.

LEONA.—Es decirle que no se marche ya enjamás.

GAB.—Y te lo agradezco. Te lo agradezco mucho, Leona, a ti y a todos, que cada palabra de afecto es como una raíz que me sujeta a la tierra.

LEONA.—Eso queremos.

CAR.—Ya habéis saludado. Hale al cuidado de los menesteres, hale.

NAR.—Bien venio, señor amo.

GAB.—¿No das el despio...?

NAR.—Lo que sea de obediencia, too.

GAB.—Es de obediencia.

NAR.—Pues vaiga...

(Se abrazan).

D. AND.—Y a ver cuándo me obedeces a mí...

NAR.—Con usted no reza el cantar, que usted no es el amo.

GAB.—¿Y tu abrazo?

LEONA.—Por mí que no quede...

(Se abrazan).

CAR.—Hale, hale...

D. AND.—No las agobies, que ya ves que es-

tán ocupadísimas...

LEONA.—Bien venío...

NAR.—Bien venío...

CAR.—¿Sigues tan goloso?

GAB.—Lo mismo.

CAR.—Pues te prepararemos golosinas...

(Mutis las tres por la izquierda).

## ESCENA II

GABRIEL y DON ANDRÉS

D. AND.—¡Cuenta, hombre! ¿Vienes ya definitivamente?

GAB.—Sí. He liquidado los negocios y sólo conservo una participación que no requiere mi presencia.

D. AND.—¿Vuelves rico?

GAB.—No vuelvo pobre...

D. AND.—Mejor. Y si has de inscribir alguna finca, ya sabes que no te cobraré más que la mitad de los derechos.

GAB.—Pues medias gracias, don Andrés.

D. AND.—No has perdido allá el buen humor, ¿eh?

GAB.—No; pero hubo un instante en que me pareció que lo iba a perder aquí.

D. AND.—¿Y eso?

GAB.—Nada. Una flaqueza mía, de la que ya me repuse.

D. AND.—No hay que desanimarse nunca.

GAB.—Nunca. Tan convencido estoy de que las cosas no tienen importancia más que de momento, y que después todas se resuelven por sí mismas, que en las crisis más difíciles de mi vida, para recobrar la serenidad, me bastó con preguntarme: ¿Qué pensaré yo mañana de este conflicto, que hoy me parece horrible? Quizás me burle y me ría.

D. AND.—Probablemente que la mayor parte de los disgustos tienen un tamaño en la realidad y otro tamaño en la imaginación.

GAB.—Y todo se reduce a darle a cada momento su valor y a no exagerar las consecuencias de nada. De chico me infundían tal espanto los exámenes, que enfermaba de nerviosidad.

D. AND.—En ti lo creo más que en otros, porque te examinabas cinco o seis veces de cada asignatura.

GAB.—Y quedé a media carrera. Para cortar por lo sano la pelea de obligarme al estudio y mi vocación por los negocios me marché de casa.

D. AND.—Buen disgusto causaste...

GAB.—Empecé allá a trabajar, y un día aciago aventuré todo mi dinero en una empresa. Fracasó. Me ví en tierra extraña, solo, sin un cuarto, sin un amigo..., y en aquellas horas de fiebre y de rabia, pensando por contraste en la vida plácida de esta alquería, recordé también el espanto de los exámenes...; y me pareció tan pequeño este miedo, tan pueril y tan desproporcionado, que yo mismo me decía con asombro: ¿Pero será posible que un hombre tiemble por un examen? Estos miedos de ahora, la ruina y la miseria, si que son miedos. ¿Pero los otros? Y me reía a pesar de mi angustia.

D. AND.—Claro.

GAB.—La buena suerte al fin tornó decididamente su cara risueña hacia mí. Cuando mis socios y yo estábamos organizando la segunda de las cuatro factorías que allá poseemos, tuve que ir a la capital para resolver unas dificultades imprevistas. Descarriló el tren, murieron cuatro personas y otras resultamos heridas. Yo estuve cuatro días en un hospital... y oyendo en torno mío lamentos, suspiros y en más de una ocasión el estertor de la agonía, pensando en el espanto de los exámenes y de los negocios que fracasan me decía yo mismo: ¿Pero será posible que un

hombre tiemble y se descorazone por cosas tan pequeñas y que se remedian tan fácilmente? ¿Qué son los exámenes, que se vuelven a preparar, y los negocios de dinero, que se vuelven a emprender, comparados con este negocio fallido de la vida que se acaba y que nunca más se recupera...?

D. AND.—Razón tenías.

GAB.—Y desde entonces aprendí que sólo dos o tres cosas merecen verdaderamente nuestro afán, y de las demás, de todas las demás, procuro zafarme como puedo, diciéndome siempre: ¡Bah, bah... ya pasarán, ya pasarán, ya pasarán...!

D. AND.—Y pasan.

GAB.—¡Qué remedio!

D. AND.—¿Y el abuelo?

GAB.—Fué a la ermita, a darle gracias a Dios por mi feliz llegada, y allí estará reza que te reza. Por lo visto le da gracias a toda la corte celestial. ¿Vamos a buscarlo?

D. AND.—Vamos.

## ESCENA III

DICHOS: CARMEN, por la derecha.

CAR.—¡Don Andrés!... ¿Una palabrita...?

D. AND.—Con mucho gusto. Ve a buscarle tú solo, que a mí lo de la palabrita me intrigó.

GAB.—¿Presume usted algo...?

D. AND.—A veces...

GAB.—¡Que si sospecha usted de lo que van a tratar!

D. AND.—No. Y, lo que es peor, aunque me vean en estas conversaciones tampoco sospecha nadie de mí.

GAB.—¡Ya me lo contarás!

D. AND.—En secreto, sí.

GAB.—¡Cuidado con lo que habláis, Carmen!...

(Mutis por el foro.)

D. AND.—A tus órdenes.

CAR.—Quería decirle a usted una cosa.

D. AND.—Venga.

CAR.—Pues... que lo de la reja es verdad.

D. AND.—Sí. La he visto en la ventana.

CAR.—¡Compréndamel! Que es verdad que hablo.

D. AND.—¿Con la reja?

CAR.—Por la reja.

D. AND.—Pues que aproveche.

CAR.—Muchas gracias. Y el abuelito ha mandado que formalicemos eso.

D. AND.—¿Eso qué es?

CAR.—Eso... ¡no sea pesadol!

D. AND.—¿Los amores?

CAR.—Claro. Y como usted es tan amable y tan servicial y tan bueno...

D. AND.—¡Malo, Andrés, malo! ¡Te viene encima un encarguito de tres pares de bemoles!

CAR.—Yo sé que es usted muy amigo de él y de su familia...

D. AND.—Sí, mucho. ¿Qué quieres?

CAR.—Yo nada.

D. AND.—Entonces estamos perdiendo el tiempo. Vaya, buenas tardes.

CAR.—(Cogiéndole.)—¡Aguarde, hombre! Yo no pido nada... pero el abuelo manda que se formalice... que se formalice eso.

D. AND.—Sí, ya sé lo que es eso. ¿Y que vaya yo a trastear a la familia? ¡Pues no voy!

CAR.—¡Don Andrés!

D. AND.—¡No voy!

CAR.—¡Don Andrés de mi alma!

D. AND.—¡No voy!!  
 CAR.—(Abrazándole.)—Don Andrés...  
 D. AND.—(Más bajo.)—No voy...  
 CAR.—(Abrazándole más.)—Don Andresito...  
 D. AND.—Sí voy...  
 CAR.—¡Es usted más bueno que el pan!  
 D. AND.—Así me comen en todas las casas.  
 CAR.—¿Y cuándo va usted a ir?  
 D. AND.—Mañana.  
 CAR.—¿Por qué no va usted hoy?  
 D. AND.—Mañana.  
 CAR.—(Abriendo los brazos como si le fuera a abrazar.)—Don Andresito...  
 D. AND.—Iré hoy... y si no te satisface, iré ayer...  
 CAR.—(Dándole la mano.)—¡Agradecida, muy agradecida!  
 D. AND.—¿Y me rebajas mi comisión, ingrata?  
 CAR.—(Abrazándole.)—¿Pagado?  
 D. AND.—Muy bien pagado, y tú serás muy bien servida. ¿Algo más?  
 CAR.—No, señor.  
 D. AND.—¿Digo que si me abrazas algo más?  
 CAR.—No, señor. Y agradecidísima, agradecidísima...

(Mutis por derecha.)

## ESCENA IV

DON ANDRÉS: MARIA CRUZ y GABRIEL, por el foro.

D. AND.—¿Y el abuelo? ¿No fuiste a buscarle?  
 GAB.—(Riendo.)—¡Ay...!  
 D. AND.—¡Ya veo lo que tú buscas, ya...!—(Llevándosele aparte.)—Oye... ¿a tí, de pequeña, te gustaba María Cruz?  
 GAB.—Mucho.  
 D. AND.—¿Y de grande?  
 GAB.—Muchísimo más.  
 D. AND.—Eres como yo. También a mí me gustan más grandecitas.—(En voz alta.)—¡Bueno! Pues entonces... se me olvidó una cosa y recuerdo otra.  
 M. CRUZ.—¿Cuál se le olvidó?  
 D. AND.—¡No te la puedo decir por eso, porque se me olvidó!  
 M. CRUZ.—¿Y cuál recuerda?  
 D. AND.—Que donde hay dos, el que hace tres, hace muy mal papel.  
 M. CRUZ.—¡Aquí, no!  
 D. AND.—Aquí y en la acera de enfrente.

Vaya, voy a buscarle yo solito, que es lo seguro para don Inocencio. Y aprovecháos, aprovecháos, que yo no puedo hacer más en vuestro obsequio.

M. CRUZ.—Se agradece la intención.

GAB.—Es como un padre para nosotros.

D. AND.—En lo de quererlos, sí; pero en lo de no vigilarlos no soy un padre, soy una institutriz.

M. CRUZ.—¡Calle, calle!

D. AND.—Pues hablad vosotros.

(Mutis por el foro.)

### ESCENA V

MARIA CRUZ y GABRIEL

GAB.—Qué pronto se olvida uno de todo, de lo malo y de lo bueno, cuando otro afán nos sale al paso...

M. CRUZ.—Somos muy egoístas...

GAB.—No puedes tú acusarte de ello. La mujer que aguarda diez años por quien no merecía que le aguardaran ni una hora...

M. CRUZ.—¡Ya estás aquí!

GAB.—¿Y si hubiera tardado más?

M. CRUZ.—Esperaría más. Esa era la diferencia.

GAB.—¿Tan ligada te creías?

M. CRUZ.—Tanto. Pero no tiene mérito ninguno; que yo nunca he sabido querer más o querer menos, sino querer solamente; y como mi propia voluntad no me pide cambios ni mudanzas, muy poco valor tiene el que sea constante.

GAB.—Mucho.

M. CRUZ.—Ninguno. Aquí he vivido desde muy pequeña, aquí me enseñaron a pensar y a creer, aquí están mis afectos y mis intereses... y como nunca he salido de aquí, me parece que dicen mentira cuando aseguran que hay más mundo que estas casas y estas tierras.

GAB.—Pues otros he visto.

M. CRUZ.—¿Peores, verdad? Siempre tuve la convicción, no sé por qué, pero la tuve, de que llegaría un momento en que tú, cansado y asqueado, volverías aquí comprendiendo que basta y sobra este mundo de esta casa para vivir tranquilo.

GAB.—A eso vuelvo. A buscar tranquilidad y sosiego después de la pelea... y a buscarte a tí.

M. CRUZ.—También confiaba en ello... en que tú, después de haber tratado a miles de mujeres, muy hermosas, muy engreídas y muy indiferentes, al fin pensarías que para ser feliz te bastaba

con aquella pobre aldeana, tan poquita cosa, pero una poquita cosa muy honrada y muy leal.

GAB.—Per estimarte en más que a todas he vuelto. ¿Y ahora?

M. CRUZ.—Ahora... no sé: lo sabrás tú, y es suficiente.

GAB.—¿Te dejarás conducir por mí?

M. CRUZ.—Claro.

GAB.—¿Y si yo te propusiera abandonar la casa?

M. CRUZ.—¡Abandonar esta casa!

GAB.—Sí.

M. CRUZ.—La abandonaríamos.

GAB.—¿Convencida?

M. CRUZ.—Sin convencerme. Tú dices: vamos; yo digo: voy. Nada más.

GAB.—¿Renuncias a tener opinión?

M. CRUZ.—No es eso. Es que tengo fe en tí, Gabriel, y mientras la tenga ya sé que has de proponer lo que sea mejor para los dos. Si me mandas que deje la casa, aun no diciéndome razón ninguna, ya me figuro que me das el dolor de ese abandono para evitarme Dios sabe cuál otro dolor que sobre mí vendría si me quedara.

GAB.—Sería por eso, sí.

M. CRUZ.—No lo puedo dudar.

GAB.—Pero esa fe... esa fe adorada y misericordiosa, ¿no vacilará jamás en tu ánimo si alguien influye?

M. CRUZ.—No. Sólo dejaré de creer en tí por lo que tú hagas, pero nunca por lo que otros cuenten.

GAB.—¿Y si de mí supieras alguna verdad cruel y amarga...?

M. CRUZ.—¿Del presente?

GAB.—¡Del presente, no! De lo pasado. ¿Resistiría tu fe?

M. CRUZ.—Resistiría. Y si es cierto que sufres por algún error de tu vida, yo me consideraré obligada a decirte: Gabriel, te quiero mucho por lo dichosa que me haces. E inmediatamente añadiría: y también te quiero un poco por esa pena que tú tienes.

GAB.—No digas más...

M. CRUZ.—¿Es irreparable?

GAB.—¡No! Pero, ¿y si lo fuera?

M. CRUZ.—Si lo fuera, para consolarte algo, vería de quererte otro poco más... que las mujeres todo lo resolvemos añadiéndole al amor más amor todavía.

GAB.—Y así acertáis. Ahora ya puedo decirte la palabra que no me atrevía a pronunciar: te

CAPILLA ALEJANDRINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALEJANDRO REYES"  
MONTERREY, MEXICO



quiero, María Cruz. Y a lo demás, a todo le demás, no le tengas miedo tú, que tampoco se lo tengo yo desde este momento. Vete en paz, Cruz...

M. CRUZ.—En paz te quedas, Gabriel. Y manda en mí, que ese es mi deseo...

(*Mutis María Cruz por la izquierda.*)

#### ESCENA VI

GABRIEL: DON INOCENCIO y DON ANDRÉS por el foro.

D. AND.—Ya está rescatado el abuelo... Ahora a disfrutar de la alegría de tener aquí al nieto.

D. INO.—Con todos estoy muy contento; pero todos son muy serios y muy formales... y de vez en cuando no sobra que cometan alguna diablura... ¡No lo digo para que las vuelvas a hacer, no!

GAB.—Ya me pasó la edad.

D. INO.—Eso es más bien cuestión de carácter. A los diez años ya decía Juan la verdad de todo, y siempre la verdad... ¡y no tenéis idea de los sustos que nos daba con la dichosa verdad! En cambio, yo, con más años que un palmar, soy

amigo de bromas y todavía ando al revuelo de las faldas de las mozas.

GAB.—¿Te vas a volver a casar, abuelo?

D. INO.—Probablemente. ¿Qué te parecería?

GAB.—Muy bien. Estás en la flor para eso y para todo.

D. INO.—¿Ves los caracteres? Te he gastado la chirigota de esa probabilidad del matrimonio y tú me contestas con el preciosísimo embuste de la flor... y nos reimos los dos un poco... Pero si esto lo escucha Juan, lo toma por lo trágico y nos hubiera sacado a relucir el recuerdo de la abuela y la profanación del hogar...

D. AND.—Seguro.

D. INO.—Segurísimo. Así es que con él no me permito chanzas, a pesar de lo que me gustan. ¡Claro que esto no amengua mi cariño, no! Le quiero... y me aburre, que son dos cosas muy compatibles.

D. AND.—Exagera un poco la nota grave y el rosario de las verdades.

D. INO.—A veces obliga la conciencia a decir las...

GAB.—Y entonces son justaa. Cuando se necesita para el bien de uno, aunque haga daño a otro, la verdad se debe decir; pero cuando no

aprovecha a nadie ni hace bien a nadie, la verdad que hace daño solamente no es verdad, que es felonía, y en los infiernos se han de regocijar al escucharla.

D. INO.—Cierto, ciertísimo.

GAB.—¿Piensas tú así abuelo?

D. INO.—Claro que sí. Pero dejemos conversaciones tan profundas, que afortunadamente nada nos importan. ¿Cómo te fué por aquellos mundos?

GAB.—Muy bien.

D. INO.—¿Has tenido muchas novias?

GAB.—Novias... novias, ninguna. Novias... amigas, alguna.

D. INO.—Comprendo el distingo. Y el corazón terne que terne por María Cruz, ¿eh?

GAB.—Y para tí.

D. INO.—¡Embusterol! Pero haz el favor de repetirlo para darle dentera a este pisapapeles de don Andrés, que lo dudaba.

D. AND.—No señor, ni tenía por qué.

### ESCENA VII

DICHOS: la CIGARRA y TOLO por el foro.

CIG.—¿Hay licencia, señor amo?

D. INO.—¿Eres tú, Cigarra?

CIG.—La misma. Buenas tardes tengan ustés.

GAB.—Tonia, Cigarra cantadora... ¿ya no me recuerdas...? (*Dándole un pellizco en el brazo.*)

¡Cigarra...!

CIG.—¡Grabiell!

GAB.—¿He variado mucho?

CIG.—No. Los pellizcos son iguales a los de antaño.

GAB.—¿Te lastimé?

CIG.—No, señor. Usted es el único que no lastima con esas bromas.

D. AND.—Son de marca especial...

GAB.—¿Y éste?

CIG.—Bartolo, el hermano.

TOLO.—Pa servir.

GAB.—(*Dándole la mano.*)—Me alegro de conocerte, hombre.

TOLO.—(*Sin soltar la mano.*)—¡Pues cuando haga falta una barbaridad, mándeme usted a mí, don Gabriell!

GAB.—Gracias.

D. AND.—Que la hará, que la hará.

D. INO.—Milagro que no te oímos desde lejos, Cigarras; pues tú ríes siempre, y cuando no ríes, cantas.